

Individualización, democratización y opinión pública (plan de la intervención)

D.Martuccelli, Universidad de Lille 3, GRACC

La presentación tratará de abordar algunas de las consecuencias que la tesis de la individualización y de la democratización crecientes en América latina implican en el ámbito de la formación de la opinión pública. Para ello, basándonos en lo expuesto conjuntamente con Bernardo Sorj en *El desafío latinoamericano*, insistiremos en algunos puntos.

[1.] Las transformaciones en la acción colectiva han producido un cambio importante en la representación de las sociedades latinoamericanas. Como en tantos otros lugares del mundo, el declive relativo de las movilizaciones sociales, de las ideologías socialistas y las dificultades de representación del sistema de partidos políticos, ha hecho que el problema de la representación se desplace hacia los medios de comunicación de masas. En todo caso, la pérdida del peso específico observable del lado de las movilizaciones sociales, ha sido ampliamente compensada por la afirmación de nuevos mecanismos de representación de las identidades en el ámbito mediático.

Una sociedad no solamente procesa sus conflictos y divergencia de intereses a través de las movilizaciones colectivas. También lo hace a través de una esfera pública ampliada en la cual un rol creciente le reviene a los medios de comunicación y a las industrias culturales (MC&IC). En este sentido, América Latina no escapa a una de las grandes transformaciones de fines del siglo XX que ha visto consolidarse una esfera pública cada vez más activa, plural y autónoma, en la cual se inscriben las principales representaciones que las sociedades actuales producen sobre ellas mismas. Un dominio público en el cual es necesario distinguir entre una opinión y un espacio público, antes de poder analizar las principales dinámicas políticas que la animan.

[2.] La *opinión pública* es, hoy por hoy, el principal soporte de la expresión de las divisiones y diferenciaciones sociales. Vivimos en mucho la cohesión social porque los MC&IC nos transmiten una representación de la sociedad, de sus debates y de sus conflictos. Ahora bien, en América Latina, como en tantos otros lugares, la opinión pública es objeto de una serie de sospechas; pero en América Latina este sentimiento es incluso más fuerte que en otros países porque esta desconfianza se apoyó sobre un lazo social dual, en el cual era de buen tono que la jerarquía “natural” se prolongase en una condena de la incapacidad de las “masas” a forjarse opiniones personales, puesto que eran “manipuladas” o “alienadas”. Poco importa que los

estudios empíricos no hayan venido a corroborar la tesis de la influencia directa de las MC&IC sobre las opiniones individuales; ésta era una presunción inicial que nada podía venir a desestabilizar. Sin embargo, a pesar de influencias evidentes, la opinión pública no deja de ser una arena donde visiones múltiples, opuestas, antagónicas luchan por imponerse, son representadas, circulan y son debatidas, cada vez más, inclusive, a través de Internet.

La individuación en curso obliga a estar más atentos a los procesos efectivos de construcción de la opinión pública. Reconocer así que los caminos de la persuasión son menos lineales; que los mensajes son decodificados a partir de experiencias sociales diversas, y cada vez más diversas; que la opinión pública, por evanescente que sea, es el fruto de un conflicto permanente de representaciones, donde todos los actores sociales se esfuerzan por influir y hacer escuchar sus voces. La idea de un emisor único enviando mensajes coherentes y homogéneos a una masa informe de individuos aislados y cautivos es una imagen que no corresponde a ninguna situación social real. Los individuos preexisten a las emisiones culturales y las informaciones; las ideologías, los mensajes y los códigos difundidos son percibidos e interpretados de manera diferente por los distintos grupos sociales en función de su posición de clase, género, generaciones, nivel cultural, lugar de residencia. Un proceso que el incremento de los niveles educativos y la diversificación de los MC&IC ha fuertemente acentuado en la región.

[3.] Sin embargo, en América Latina, si uno deja de lado los importantes estudios de ciertos especialistas, esta concepción más conflictiva de la opinión pública penó –y pena– en imponerse porque la tesis clásica de la atomización social propia de la sociedad de masas (y la “disponibilidad ideológica” que ello supondría a nivel de la conciencia de los individuos) fue prolongada por una visión dicotómica que oponía la gente “decente” a la “chusma” o “conscientes” a “alienados” (por definición pasivos e incapaces de opinión crítica). El hecho que en la región, los individuos sean importantes consumidores de programas (sobre todo televisivos) o que los habitantes de los barrios periféricos y populares compren una televisión antes que otros bienes de consumo, ha sido por lo general interpretado como un signo inequívoco de su alienación. El proceso de individuación obliga a revenir sobre esta tesis. Ello no quiere en absoluto decir que en América Latina como en otras regiones del mundo, los individuos no sufran la influencia de los MC&IC, pero que esta influencia es compleja, y ello más aún cuando el proceso mismo de influencia es objeto de luchas sociales, de un trabajo abierto y compuesto de una gran cantidad de actores con intereses disímiles (periodistas, patrones, consumidores, políticos, etc.).

[4.] Bajo la acción de la opinión pública se asiste, como se sabe, a la vez a una tendencia hacia la uniformización de los modos de pensar y de vida así como al incremento del individualismo. Las comunidades de antaño ven sus identificaciones restringirse y debilitarse en beneficio de una plétora de imágenes y mensajes dirigidos a los individuos. Por supuesto, este proceso paradójico de estandarización y de singularización, no engendra la igualdad. Pero aún así, los MC&IC terminan por crear “públicos” con sensibilidades culturales diferentes que, en su diversidad, acentúan el mosaico de intereses y de identidades que componen a las sociedades actuales. Una diversidad identitaria que dificulta, obviamente, la capacidad de representación de los actores sociales a través de conflictos instituidos, a tal punto que los individuos aparecen como siendo más móviles que las identificaciones grupales.

[5.] Si los MC&IC participan de la formación y expresión de la opinión pública es porque ésta es susceptible de expresarse en un dominio particular que se ha incrementado de manera decisiva en las últimas décadas. Se ha constituido un verdadero *espacio público*, en donde justamente se puede dar publicidad a los asuntos de una sociedad, convirtiéndolos así en objeto de debate y de discusión. Los mecanismos son diversos y los efectos muchas veces contraproducentes, sobre todo cuando la agenda mediática impone sus ritmos a la agenda política, pero no por ello es menos cierto que el espacio público se ha convertido en la región en un ámbito decisivo de la vida democrática. Inútil por ende inclinarse aquí entre una tesis optimista o pesimista –lo importante es calibrar la talla de la transformación.

En efecto, este espacio público replantea sobre nuevas bases la tensión entre la opinión y la representación, una tensión que es tan vieja como la democracia. Al lado de una legitimidad obtenida en las urnas, existe otra legitimidad más incierta, la de la opinión justamente. Durante mucho tiempo, esta opinión fue la de la “calle”, de los “panfletos”, de ciertos editorialistas de prestigio, de los informes de los servicios de policía. Hoy en día, esta opinión se “expresa” a través de encuestas que a veces comentan, otras veces preceden las decisiones políticas. Sin lugar a dudas esta opinión no es jamás la manifestación pura de una opinión, puesto que no cesa de estar construida por los expertos y los comunicadores-estrella. Ella está definida por la naturaleza de las preguntas (y del poder, por ende, de aquél que las plantea), tanto como por los comentarios de aquellos que “leen” las encuestas.

En este sentido, el espacio público es una arena donde se nos dice menos lo que debemos pensar, que sobre aquello en lo cual hay que pensar. El poder está en la jerarquía de los temas tratados. Pero ello no implica que el espacio público sea solamente un dominio pervertido por los poderosos; es una arena permanente de combate en la cual, empero, las barreras de entrada no son las mismas para los distintos actores.

[6.] Los MC&IC han transformado radicalmente la democracia. La transición ha sido tanto más rápida en América Latina en que la democracia de los partidos siempre fue débil, a tal punto los liderazgos populistas fueron frecuentes, y por ende, la consolidación de una democracia de la opinión, una realidad que se asentó como una continuidad evidente. Y sin embargo, el cambio tuvo lugar. Al antiguo carisma de ciertos líderes populistas se contraponen la mera personalización creciente del poder en torno a figuras donde el aura proviene generalmente más del cargo ocupado que de los rasgos excepcionales de la persona. La democracia de la opinión transforma en profundidad el oficio del político. Las dotes de comunicación devienen centrales: hay que “pasar” en la televisión, y saber bien “pasar” en ella; hay que tener una voz y un rostro idóneos; hay que tener el sentido de la fórmula (en la cual trabajan constantemente un conjunto importante de expertos); hay que aprender a comunicar con públicos diversos. Los efectos negativos son bien conocidos. Los programas políticos desaparecen o pierden terreno frente a las encuestas. La elección del candidato concentra lo esencial del juego político. El tiempo corto de la opinión triunfa sobre el tiempo largo de las reformas. Se consolida un ámbito de poder tejido de connivencias entre periodistas, patrones de prensa y responsables políticos. La política se convierte en espectáculo y las imágenes en un arma inevitable.

Muchas de estas críticas son válidas. Y sin duda justas, si se las juzga en referencia a un sujeto racional y autónomo. Pero la crítica es menos contundente si se adopta una perspectiva histórica. En América Latina, la constitución de una opinión pública en el sentido fuerte y amplio del término coincide con esta mediatización, con la construcción por ende de este espacio público. La acompaña y se nutre de ella. La opinión pública es hoy en la región más activa que en el pasado, incluye a más actores, obliga a que se escuchen nuevas voces y por nuevos canales. Ello desestabiliza a veces a los actores sociales tradicionales que no pueden más, muchas veces, expresarse en nombre de los “excluidos”, porque estos últimos, justamente, son sondeados por otros mecanismos. A veces, incluso, esto amplifica la dificultad de representación de los sindicatos, puesto que los sectores informales o los no sindicados pueden hacer escuchar sus voces –a veces incluso instrumentalizados por otros actores sociales.

En medio de este espacio público transformado, la opinión pública, signo mayor de la democratización en curso en la región, recibe una atención creciente de parte de los poderes. Es en su dirección que se organiza el debate público, es frente a este lector o televidente virtual que las opciones se afrontan. El objetivo de muchas movilizaciones colectivas es justamente la de obtener una visibilidad en el espacio público, de lograr que sus peticiones sean retomadas

por los MC&IC a fin que su causa vea ampliar significativamente su radio de discusión. El efecto democratizador es evidente.

[7.] Es partiendo de esta doble transformación, tanto a nivel de la opinión como del espacio público, como es posible caracterizar el principal cambio operado a este nivel: a pesar del peso diferencial que le reviene a cada actor, de ahora en más, ningún actor impone su voluntad de manera unilateral en el dominio público. Ni el sistema político *stricto sensu* (Estado y partidos), ni las movilizaciones sociales (sindicatos, ONG), ni la opinión pública (encuestas, MC&IC) son, hoy por hoy, capaces de orientar unilateralmente los debates sociales. Ciertamente, lo esencial de la negociación política se hace aún bajo la batuta de los gobiernos, el peso de los liderazgos sigue siendo importante, y sin embargo, los actores sociales tienden progresivamente a autonomizarse (como lo ejemplifica con fuerza la consolidación de una sociedad civil en la región pero también la independencia a la que han sido obligados ciertos sindicatos a causa del cambio en la orientación económica). Pero por sobre todo, el espacio público tiene hoy un peso específico inédito que le permite constantemente mostrar el desacuerdo entre la expresión electoral (las fuerzas representadas en el parlamento o en instituciones representativas) y el estado más volátil de la opinión pública. Asistimos a una nueva ecuación entre poder de acción y poder de representación.

Este cambio da lugar a una redefinición de las relaciones de fuerza entre los tres grandes actores del dominio público:

- a) El sistema político-institucional sigue poseyendo una capacidad de acción decisiva, aunque ya no sea porque en última instancia sigue siendo el único actor dotado de la legitimidad e instrumentos necesarios para imponer ciertas decisiones. Pero al mismo tiempo, sus capacidades de representación y de análisis de la sociedad decrecen fuertemente tanto frente a las movilizaciones sociales como, sobre todo, en dirección de los MC&IC y de los expertos en opinión pública. Por supuesto, la modernización de la administración y los progresos sensibles que se observan en la producción de estadísticas nacionales, técnicamente más fiables, mitigan en algo la afirmación anterior –sin cambiar empero el sentido de la traslación de poder.
- b) Las movilizaciones colectivas se encuentran, vistas desde esta perspectiva, en una situación inédita. Por un lado, sus capacidades de intervención directa sobre los eventos se ha transformado de manera disímil, algunos de ellos perdiendo capacidades de acción (los sindicatos), otros, por el contrario, han visto constituirse nuevos márgenes de intervención (ONGs). Por otro lado, y esto es un cambio sustancial, su lógica de acción se ha transformado a medida que su rol deja de ser únicamente la defensa o la

representación de ciertos intereses o identidades y pasa cada vez más a funcionar como movilizaciones que tienen por función primera alertar a la opinión pública, eventualmente a los poderes en plaza. Si el destinatario final es siempre el sistema político, cada vez más, empero, las movilizaciones colectivas actúan como canales alternativos de representación y alerta frente a los MC&IC.

- c) Los MC&IC viven un desequilibrio de poder casi inverso al que conoce el sistema político. Si sus capacidades de acción son limitadas (a pesar de lo que muchos periodistas creen, muchas de las campañas de información lanzadas por la prensa no obtienen ninguna traducción práctica), sus capacidades de representación de la sociedad son inconmensurables a aquellas que quedan entre las manos del sistema político. Son a través de los MC&IC que nuestras sociedades se conocen o desconocen, lo que supone una implicación más activa de los ciudadanos, aunque más no sea por la capacidad creciente que disponen para comentar la actualidad.

[8.] Esta recomposición de la esfera pública explica en mucho los malestares cruzados que se observan entre los miembros de cada uno de estos dominios.

- a) Para los actores del sistema político el gran temor es la incógnita de una sociedad de la que sienten desconocen muchos elementos (y que a su manera, traduce el imperio de las encuestas de opinión y de los expertos de comunicación que vienen a atemperar este temor, pero también, frente a movilizaciones sociales imprevistas, el sentimiento de una sociedad ingobernable). Muchos de ellos, suelen incluso imputar la responsabilidad de las dificultades actuales a los medios de comunicación, cuya lógica de espectacularización incitaría a todos los actores sociales a una competencia por la visibilidad. Un panorama que se complica porque, directa o indirectamente, los medios también refuerzan paradójicamente una reducción del espacio público, producto del repliegue de las mayorías sobre lo privado y lo íntimo. No es de extrañar así que muchos de los diagnósticos acerca de la indiferencia, la despolitización, la apatía, el cinismo, la falta de participación, las “ciudadanías de baja intensidad” o la “precarización de la ciudadanía” también suelen imputarle la responsabilidad a los medios masivos de comunicación. Sobre todo en los contextos urbanos.
- b) Para los actores de las movilizaciones sociales esta transformación de su peso específico da lugar a un sentimiento ambivalente, a la vez, de no ser nunca escuchados por los políticos y de no ser audibles en los MC&IC, al mismo tiempo que no cejan en sus esfuerzos de “pesar” sobre los primeros y de “pasar” en los segundos. Aún más que muchas veces, la alianza entre la protesta focalizada y enfática de movimientos sociales

y los medios de comunicación se desarrollan en un terreno que, en realidad, está dominado por los medios.

- c) Por último, para los principales actores de los MC&IC, lo esencial es afirmar su diferencial de capacidad en representar a la sociedad, mostrando constantemente al poder político sus limitaciones prácticas, unas veces subrayando el desfase permanente entre las promesas y las acciones, otras veces fiscalizando su accionar y denunciando las corrupciones. En otros términos, el activismo crítico de los medios, incluso a través de campañas guiadas por grandes intereses económicos, no debe hacer olvidar uno de sus orígenes: el diferencial de poder entre su fuerte capacidad de representación y su relativamente débil capacidad de acción. Inclusive, a tal punto es su impacto relativo, que las constantes denuncias de los MC&IC a actos de corrupción pública que generalmente no producen consecuencias, lleva a producir un sentimiento que los MC&IC terminan banalizando la propia corrupción.

[9.] En resumen: esta transformación estructural trae consecuencias mayores que a la vez apoyan y amplifican el proceso de individuación en curso. Las movilizaciones colectivas y los partidos políticos dejan de ser el único polo de la expresión de la conflictividad en la sociedad, y sobre todo, ven erosionarse en profundidad su capacidad de representación identitaria. Se asiste incluso por momentos a un divorcio entre el dominio de la representación funcional de los intereses (que continúa siendo lo propio de las instituciones políticas y de los actores representativos en el sentido preciso del término –sindicatos, partidos) y el ámbito de la representación figurativa de la sociedad (en el cual un papel determinante le corresponde a los MC&IC).

Por supuesto, actualmente, no todos los individuos poseen las mismas capacidades para jugar en estos dominios. Para muchos, sobre todo los más modestos, las protecciones siguen siendo esencialmente producidas gracias al accionar de movilizaciones colectivas. Pero incluso entre ellos, esta defensa de intereses se separa tendencialmente de la expresión de sus identidades, y el conocimiento que poseen de las sociedades en que viven tiende a incrementarse y a independizarse de una fuente única. Algunos participan en los debates; otros se forman una opinión; muchos se desinteresan de los primeros y muchos otros son sin duda incapaces de formular una decisión frente a diversos temas. Pero todos viven una transformación de talla. Ayer, o se era actor o se vivía en el retraimiento. Hoy, todos participan, como actores o como espectadores, pero las más de las veces simultáneamente como actores, espectadores y comentaristas, de la vida pública.